

EL ESCUDO CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO-MORAL, CIENTÍFICO-LITERARIO.



Sale este periódico los días 15 y último de cada mes, y consta de 4 pliegos ó sea 32 páginas con 64 columnas de buen papel y esmerada impresion, a cuyo efecto se repartirá una hermosa cubierta de color impresa con el núm. 1.º de cada semestre.

Se suscribe en esta Capital en la librería de Ruiz llevado á domicilio, 12 rs. por 3 meses, 22 por 6, y 40 por todo el año.

Fuera de Logroño franco de porte, en las principales librerías 15 rs. por trimestre, 27 por semestre y 50 por todo el año.

Seccion 1.ª

ESTUDIOS APOLOGÉTICOS.

MIRADA RETROSPECTIVA.

Al dar los primeros pasos en el nuevo estadio, que intentamos recorrer, juzgamos no desagradará á nuestros lectores una ligera reseña de los acontecimientos religiosos, que se han ido sucediendo en estos últimos tiempos. No hacemos esto, por satisfacer una inocente curiosidad, sino para animarlos mas y mas en la fé, y despertar en su ánimo aquellos generosos sentimientos, que tanto necesita todo cristiano, mientras es viador. A quien marcha por un camino áspero y fatigoso, no hay cosa que mas valor y aliento le dé, como el recordarle las dificultades, y peligros ya vencidos. Por esto, el prudente Ulises para animar á sus compañeros ya can-

sados, trajo á su memoria el largo camino que habian andado, y los obstáculos que habian superado, y con solo este recuerdo les infundió tal valor para continuar su viage, que apenas podia contenerlos. Lo mismo hacen los jefes de los ejércitos: para hacer brotar en el pecho de sus soldados nuevas llamas de valor, nada creen ser mas oportuno, como el recordarles las ya alcanzadas victorias. Y ciertamente: siempre será valiente aquel soldado que se halla persuadido de ser invencible. En Francia, *desmorlizacion de un ejército*, no significa otra cosa, sino la pérdida del sentimiento de la propia fortaleza. Para conservar, pues, y acrecentar este sentimiento, es muy conducente recordarle los triunfos conseguidos. Tratándose de guerras no materiales, sino espirituales, aun es mas necesario este recuerdo, por que en las segundas, el hombre cristiano pone toda su confianza en la divina Providencia, cuyos caminos le son desconocidos,



sabiendo solo, que son muy distintos de los de los hombres, y que nunca abandona, ni á los individuos ni á los pueblos, ni á los Reinos que en él confían, y que le guardan la fé jurada. Por esto es muy conveniente que el católico considere el pasado para comprender bien los designios ulteriores de la Providencia, y animarse mas con respecto al porvenir.

En dos clases pueden dividirse los lugares cuyos acontecimientos queremos considerar: aquellos donde la Iglesia ha triunfado; y aquellos donde todavia lucha y combate. Y comenzando por aquellos, presentasen en primera línea aquella nobilísima nacion, que habiendo abrazado la primera entre los gentiles la religion católica, con razon se llama la primogénita de la Iglesia católica. En ella está de tal suerte arraigada con sus mas íntimas fibras la Fé, que podrá de cuando en cuando ser desflorada y deshojada, ya mas ya menos, pero jamas enteramente arrancada. Así, por singular privilegio del Cielo, el espíritu católico, que en el principio la informò, está tan lleno de vida, que despues de los mas rudos combates, y las mas terribles tempestades, le basta una breve tregua y una pequeña calma para recobrar nuevas fuerzas, y manifestarse en toda la eficacia de su nativo vigor. Muchas son las cosas acaecidas en Francia en los últimos años, por las que la Santa Iglesia de Dios tiene motivos de alegrarse. Omitiendo el hablar de los Santuarios è iglesias nuevamente abiertas, la multitud de estatuas erigidas en honor de María, el acrecentamiento de las órdenes religiosas; hay dos cosas que nos parecen dignas de referirse. La una es el espíritu de religion despertado en el ejército con ocasion de la guerra de

Oriente, y la otra el aniquilamiento casi completo del Galicanismo. Cualquiera que recuerde el estado deplorable á que se hallaba reducido el ejército francés bajo el gobierno pasado con respecto á la religion, no podrá menos de dar inmortales gracias á Dios por el cambio que ahora se nota. Cuando antes los batallones pasaban hasta sin capellanes, y el confesarse y comulgar era para el soldado no solamente cosa estraña, sino cuasi imposible; ahora, servido aquel victorioso ejército por ministros evangélicos y caritativas hermanas, es la admiracion del mundo, no menos por los prodigios de su valor, que por las muestras francas y sinceras de su piedad. ¡Oh! si pudiesemos referir algunos trozos de aquellas tiernas cartas, con las cuales, ya los Capellanes participan de tiempo en tiempo las maravillas del heroismo cristiano para consuelo de las familias desoladas, ó bien aquellos desahogos domésticos en los que los mismos guerreros, aprovechándose de algun momento de tregua, abrian á sus parientes y amigos aquellos sentimientos de piedad, que un dia fueron en Francia el monopolio, digámoslo así, de las congregaciones y cenobitas! Pero si la índole de este escrito no nos permite referir aquellas largas relaciones, que cada uno puede hallar en los diarios católicos, ¿cómo callar el recuerdo de aquel acompañamiento en el que la católica hija de la católica España, la piadosa Emperatriz de los Franceses era celosamente instada por todos los Oficiales de la expedicion para que los cubriese con el escudo de una medalla bendita? ¿Cómo olvidar la carta del Generalísimo Canrobert, quien públicamente se reconocía deudor de la vida á aquella medalla en las sangrientas batallas de Alma y de Inkerman?

¿Cómo omitir la solemnidad inusitada con que se espuso en el puente del navio Almirante á la veneracion del ejército la imagen de Maria, regalo de Napoleon III? ¿Cómo podremos callar los sentimientos de piedad manifestados en el lecho de la muerte por Saint Arnaud, y otros Generales? ¿Cómo pasar en silencio aquellas funebres ceremonias, que en la tierra musulmana llamaron tan vivamente la atencion y la admiracion del islámica? Hermoso es donde quiera que se halle el espíritu de religion; pero jamás resplandece con luces tan brillantes, como cuando está unido con el valor. Y esta quizás es la razon por la que con preferencia á cualquier otro nombre, se complace el Señor en titularse en las escrituras: Dios de los ejércitos, *Deus exercituum*.

Por lo que respecta al Galicanismo, era en otros tiempos sumamente doloroso el ver un Clero tan ilustre en virtud y doctrina (si es que á él puede atribuirse la falta de pocos miembros) el verlo decimos, sugeto á la mas indebida y abyecta servidumbre, con sus famosas cuatro proposiciones de 1682. Mientras levantaba su frente altanera hacia la Cátedra de San Pedro, se arrastraba bajamente á los pies del trono laical, envileciéndose así doblemente, ya porque reusaba someterse al legitimo poder, ya porque se colocaba bajo la dependencia de un poder extraño. Pero Dios, que no quería continuase por dilatados siglos semejante mancha en tan noble parte de su Gerarquía eclesiástica, visitó aquel Clero con una larga serie de persecuciones; y purificándolo en el crisol de las tribulaciones, le obligó á volver en si, hizolo mas sabio, conduciéndolo á la canónica dependencia de su vicario en la tierra. El galicanismo yacía moribundo en Francia, y plugó

á Dios recibiese como el último golpe, y lo recibiese por mano de aquella poderosa Virgen, que está encargada de destruir todas las disensiones en el mundo cristiano, *cunctas haereses interemisti in universo mundo*. La gran Madre de Dios reservó la definicion de su immaculada Concepcion para que con esta ocasion la Iglesia de Francia diese testimonio de la manera mas solemne, de que ella acogia y veneraba los oráculos pontificios con la misma religiosidad y obediencia que todos los fieles del Aprisco de Jesucristo.

Si utilísimo ha sido para todos los católicos el dogma de la Inmaculada Concepcion de Maria, de un modo particular lo ha sido para los franceses, por la solemne profesion de Fé, que con esta ocasion han manifestado, y los frutos que ha producido; pues es la fé una planta tan vigorosa, que ademas de los sabrosos frutos que produce, está siempre adornada de las mas vistosas flores. Asi, el nuevo vigor que en Francia ha tomado la Fé, no solamente ha producido la solemne adhesion al dogma, sino otras muchas demostraciones que despiden una luz mas brillante y segura, y dan á la época presente de aquel clero como su propia fisionomía, la perfeccion de la unidad católica en una mas profunda y viva reverencia para con el vicario de Jesucristo. De aqui, aquel frecuentísimo peregrinar de los Obispos de Francia *ad sacra limina*, aquel obsequio con que los sinodos provinciales solicitan del supremo Pastor la última sancion de sus decretos, aquellas consultas de casos de conciencia á las diversas congregaciones romanas, aquella edificante sumision de los autores con respecto á los libros y doctrinas prohibidas, aquella union de ánimos ya agitados, y opiniones discordantes al oír el oráculo, ó las exortacio-

nes del Vaticano. La misma liturgia, en la que tanta variedad de ritos y ceremonias habia introducido el Janesenismo, está próxima á uniformarse en todas las Diócesis, con la adopcion del Breviario Romano en Paris. ¿Que mas? La vestimenta clerical comienza en ciertos lugares á tomar las formas romanas; y como si el celo de los ilustres Pastores quisiese asegurar indefectible la preciosa herencia de este espíritu, ha establecido en la capital del mundo católico aquel seminario francés, al que de todas partes acuden jóvenes levitas con el fin de beber doctrinas sanas en la tumba misma de los Principes de los Apóstoles.

De la Francia volvamos la vista al poderosísimo Imperio de Austria, que es otra de las grandes potencias católicas, á cuyo trono ha hecho Dios subiese en tiempos tan difíciles un joven príncipe, en el que, segun el magnífico elogio que de él hace el pontífice reinante, *summa sunt omnia*. En aquel vasto imperio, un hecho recientísimo obscurece cualquiera otro acontecimiento, y llama sobre sí la atención de los Católicos. El Concordato con la Santa Sede que desata á la iglesia de Dios de los indecorosos lazos con que una malhadada política la tenía encadenada, es uno de aquellos hechos que por sí solo basta á señalar una época en la historia. Quien bien lo considere reconocerá ser de la mayor importancia; ora por lo que es en sí mismo, ora por lo que significa, y por lo que promete. Es la emancipacion de la Gerarquía eclesiástica, y el restablecimiento de la armonia entre los dos poderes eclesiástico y civil en un Estado precisamente en el que esta armonia es del mayor interés para el Cristianismo. Decimos esto, porque el noble título de *Espada de la Iglesia* con que se honra el Austria, es para ella un don divino, que constituye una parte inalienable de sus glorias tradicionales, y de la de los nobles miembros de la augusta casa de Habsburgo. Es pues de inmensa ventaja para los intereses católicos el anudamiento de las debidas relaciones entre tan grande Imperio, y la Iglesia. El Concordato ademas inicia en general el retorno de la confederacion Germánica á la sólida y verdadera reverencia para con su madre la Iglesia; porque el ejemplo de un Imperio tan sabio y poderoso, no podrá menos de influir en los demas Estados, que se verán obligados á reconocer, que la raiz oculta de todos los males con que los aflige la divina Providencia, está en las indebidas usurpaciones que hicieron de los derechos de la Esposa de Jesucristo.

Como se ve, no hacemos sino tocar rápidamente los puntos mas culminantes, dejando otras muchas cosas, que podríamos considerar en el resto de la Alemania. Solamente de paso recordaremos la otra noble victoria alcanzada por la Iglesia en el Baden, donde la apostólica constancia de un Obispo, y su Clero, resistiendo las invasiones laicales, ha sido coronada con el mas glorioso triunfo. Ejemplo verdaderamente luminoso de lo que puede un Pastor, celoso del depósito de su sagrada autoridad, y que proponiéndose por modelo á los Ambrosios y Crisóstomos, está dispuesto á sufrirlo todo por conservar ileso aquel depósito.

Ha cuatro años que la Inglaterra irritada por el restablecimiento de la Gerarquía eclesiástica, amenazaba con nuevas y crueles persecuciones á los católicos; pero el sapientísimo Dios que se complace en desvanecer con medios imprevistos los designios humanos, hizo, que la Inglaterra para la guerra de Oriente tubiese necesidad

de la alianza francesa, y del concurso de las armas de los Irlandeses; y de este modo se viese en la imposibilidad de irritar con irreligiosas vejaciones á sus súbditos fieles á Dios. Y ya que hemos tocado la guerra de Oriente, ¿quién no descubre aquí uno de los secretos caminos por donde la alta sabiduría de Dios conduce á su Iglesia á inesperados triunfos? Gemian los católicos bajo el peso de una doble opresion. Por una parte el Turco les prohibía el libre ejercicio de su religion, y por otra los cismáticos invadian el patrimonio de los Santos lugares. Cuando he aquí, que Dios obligando á la Puerta Otomana á tener necesidad de las Potencias occidentales, la va empujando á la completa emancipacion de los cristianos, y con las victorias de los aliados comienza ya á debilitar la preponderancia de los cismáticos en Palestina. El triunfo que en España ha conseguido la unidad católica, y sanas doctrinas por las enérgicas esposiciones de su Episcopado, é innumerables manifestaciones de todos los pueblos de la Península, estan manifesto, que nos escusa hablar de él.

Cierto es que en algunos Estados como en el Piamonte, y la Elvecia, aparece triunfante la incredulidad; que la impiedad blasfema con diabólico furor de lo mas sagrado y venerando que hay sobre la tierra, que manos rapaces se apoderan del Patrimonio de Cristo, y que de mil modos se procura arrancar la fé y la piedad de los pueblos. Mas, ¿no es esta la condicion de la Iglesia mientras combate en la tierra? siendo como es militante, ¿no debe sufrir desgracias, y trabajos, los encuentros y alternativas que no pueden separarse de su estado de verdadera y activa malicia? Si de otra manera sucediese, no figuraria místicamente á Cristo, ni participaria la

suerte de su divino Esposo, cuya vida en la tierra fue una perpetua alternativa de humillaciones y de glorias, de padecimientos y de consuelos, de tristezas, y de gozos. Conviene que las piedras de la Jerusalem celestial, si han de relucir tersas y fulgurantes, sean cuadradas y pulimentadas á golpe de martillo, que les den su oportuna colocacion, y perpetuo lustre. Si las persecuciones y contrastes, que en algunos lugares experimental Iglesia bajo un aspecto, hacen gemir á esta inmaculada paloma, bajo otro, la ocasiona una alegria sobrenatural, considerando los preciosos frutos que produce para su eterno triunfo.

Y ciertamente, ¿cuanta es la gloria de cualquier miembro del clero, que espuesto á la dura prueba de la persecucion, va recogiendo en el destierro las palmas de su invencible constancia! El ilustre Pastor desterrado de Bogotá es recibido como un héroe en Paris; el Obispo Fransoni triunfa de Turin en Leon, ¿Qué gloria rodea á aquel Marille, que aunque desterrado en las fronteras de Francia, desde su destierro sufre y gobierna con la mansedumbre del cordero, y la fortaleza del leon! Todos estos, (y lo mismo decimos de los demas perseguidos), habrian recibido aquellas ovaciones en el curso de una vida próspera, y pacífica? y estas ovaciones no son la gloria de la Iglesia, que triunfa en sus hijos?

En segundo lugar, aun mirando las cosas relativamente á la vida presente, los males que la Iglesia sufre en algunos puntos, vienen mezclados con no despreciables bienes. Prescindiendo de otros, hay dos que merecen ser notados; la firmeza de la fé en los buenos, y el refinamiento de la virtud en el clero. Para que la llama de la fé despida fulgores mas brillantes, ne-

cesita ser conmovida y agitada por los combates y contrastes, corren pel el viento de las tribulaciones. La fé ligero de acostumbrarse á una vida es la levadura que la muger evangé- muelle.

lica oculta entre la arina: para que Hemos recorrido como al vuelo la esta levadura desenvuelva su virtud, Europa: mucho mas tendríamos que y fermente toda la masa, es indispen- decir si condugéramos á nuestros lec- sable, que esta masa sea agitada y tores al rededor del globo, y les hicie- revuelta por todos lados; solo así se mos ver el triunfo de los misione- puede conseguir un pan hermoso á la ros, que pobres y perseguidos recogen vista, y delicioso al paladar. ¿Cuáles haces de almas con la cruz en la ma- fueron los siglos heroicos de la fé? Los no, al paso que los Metodistas y he- de los martirios, confiscaciones y pri- rejes derraman biblias adulteradas y siones. Apenas languidece la fé en un solo recogen dineros para entregarse á pueblo, permite Dios que se renueven los placeres. Podríamos añadir las los tiempos de la persecucion, ya pa- inaccesibles regiones de la China y ra castigar su apostasia, ya para que del Japon, próximas ya á romper aque- se reavive la fé medio apagada. llos diques que rodeaban sus Pago-

Por último, las persecuciones pro- das, y venerar la fuerza del poder del ducen el refinamiento del Clero: y cristianismo.

esto por dos conceptos; lo primero por Mas si la brevedad nos impide el que descubre los falsos pastores que hacer relaciones minuciosas, ¿como no con piel de corderos son lobos rapa- recordar el triunfo con que un Envia- ces. Estos, en tiempos prósperos están do pontificio recorria no ha mucho mezclados con los buenos, y de tal tiempo las inmensas tierras de los Es- manera confundidos, que es casi im- tados Anglo-Americanos? Y la victo- posible distinguirlos; pero bien pron- ria últimamente alcanzada por la re- to se manifiestan en el tiempo de los ligion en el congreso de Lima, no conflictos. Entonces, mientras los bue- bastaria por si sola para recompensar a la Iglesia por los desprecios de cier- nos pastores ofrecen por el rebaño sus tos liliputienses, que cuando han es- pechos á los lobos, los viles y cobar- calado un convento de monjas, creen des, invaden las parroquias, suscri- haber echado por tierra nada menos ben decretos depresivos, y sordos igual- que una Sebastopol? Es tan glorioso mente á las voces de sus superiores, aquel hecho, que no podemos dispen- que los amonestan, y al pueblo fiel que sarnos de referirlo. Habíase reunido ve con dolor sus escándalos, se hacen en la capital del Perú la Convencion despreciables hasta de sus futores, que nacional para tratar de la Religion publican su venalidad. Es pues la per- del Estado. El Gobierno, segun el de- secucion como el fuego, que separa la seo de los modernos indiferentistas, escoria del oro. El soldado, que por trabajaba para que se sancionase la mucho tiempo descuida la actividad, tolerancia de todos los cultos. Pero y egercicio de la guerra, se entorpece y debilita; es conveniente que de la nacion, *no representada pero si ver-* cuando en cuando lo despierte el gri- dadera protestaba altamente á fin de da de guerra, si ha de mirar con ojo que se conservasen intactos los dere- impávido los peligros de esta: lo mis- chos de la religion católica. Esto gri- mo debe decirse de la sagrada milicia. taba el pueblo reunido en la plaza Si sus Campeones no se egercitan en del Congreso, esto suplicaba el clero

postrado ante el vestibulo y el altar mientras las discusiones parlamentarias, esto deliberaban en pacíficas reuniones muchos notables ciudadanos en contraposición de las tumultuosas deliberaciones de las logias masónicas. Mas el Gobierno se obstinó en desbaratar esta piadosa y legítima oposición. Ordenó varios movimientos de tropas para amedrentar la multitud; prohibió al pueblo toda reunión, y hasta impidió con la fuerza que los eclesiásticos tubiesen oraciones públicas en las iglesias; pero no hay prudencia, no hay violencia que pueda prevalecer contra un sincero y vivo celo de la Religión. Solas las mugeres quedaban libres de las arbitrariedades del Gobierno. Pues bien; las mugeres se encargaron de la piadosa oposición, ellas ocupaban todos los dias las galerías de la Asamblea, y segun que los Diputados hablaban en favor ó en contra de la religion, arrojaban sobre sus cabezas ó flores, ó trebol, ó los aclamaban con altos elogios, ó los vituperaban con los epítetos de incrédulos: en suma, hicieron tanto, que, fuese conciencia ó temor, llegado el caso de la votación, se decidió por una gran mayoría, que «La Religión del Estado es la Católica, Apostólica, Romana, prohibiendo el ejercicio de cualquier otro culto.», Asi fue coronada la Santa obstinación de un pueblo, que supo hacer valer los derechos de su piedad religiosa; y así triunfaria cualquier otro pueblo que manifestase igual ardor.

S. P.

Sección 2.^a

ESTUDIOS MORALES.

Sobre la usura.

Entre las muchas desventuras y calamidades que afligen á los pueblos, no es la menor el sanguinario monstruo de la usura, que siempre insaciable va chupando la sustancia de muchos infelices; y lo mas triste, extraño y doloroso es, que los famosos promotores de los derechos del pueblo, de la emancipación de las clases pobres, del repartimiento igual de los bienes de fortuna, no solamente son usureros en la práctica, sino es que defienden la licitud de la usura. No será pues inutil, que á tantas otras voces, que intentan conjurar la tempestad, se una tambien la nuestra, examinando con ojo católico los dos puntos capitales en que los economistas utilitarios se fundan para justificar la usura. Desde Turgot hasta nuestros dias, el tema favorito de los economistas eterodoxos ha sido este: *Sin interes nadie prestaria; toda suma prestada es por si misma naturalmente fructifera*. ¿No se prestaria sino se permitiese algun interés? La universalidad de esta proposición es evidentemente un absurdo histórico: La sociedad cristiana hizo rápidos progresos con el principio reconocido, y generalmente admitido de ser la usura ilícita, è infame, siempre que no fuese justificada por el lucro cesante, peligro de pérdida, y segun algunos moralistas mas indulgentes por la larga duración del prestamo. Y sin embargo, tambien se prestaba entonces; y si algunos usureros atropellando las

leyes, y las excomuniones, oprimian al pobre, el mayor número sabia respetar en los prestamos la ley y la conciencia.

Estas consideraciones muestran seguramente la falsedad histórica de la proposición: *ninguno presta sin ganancia*. Pues que ¿tan flaca ha sido en todos tiempos la caridad para con el prójimo en los prestamistas, tan dudosa la lealtad de los mutuuarios, tan interesada la codicia de los bien acomodados, que en todo hayan sido negociantes? Esto seria conocer muy mal la historia de los 16 primeros siglos del cristianismo, seria una injusta apreciación del valor de la influencia del espíritu católico, y del poder de los cánones de la Iglesia; seria desconocer el espíritu de la caridad cristiana.

Pero dejando á un lado estas observaciones, veamos, si la ciencia de los utilitarios es superior á la de los filósofos, teólogos y canonistas, y á la sabiduría de la Iglesia que la prohíben. No nos valdremos de tan respetables autoridades; la razón, únicamente la razón será nuestra guía. Invitamos á nuestros lectores á que asistan con atención á la disputa que suponemos entre un economista utilitario, y un economista católico, representante éste de un discípulo que desea aprender, y aquel de un profesor que enseña. Oigamos.

Profesor. El hombre no trabaja por solo el placer de trabajar, sino con la esperanza de un premio.

Discípulo. ¿Y no creéis Señor Doctor, que alguna vez pueda trabajar por el placer de servir á su prójimo? No creéis, que una persona honrada cuando puede prestar un servicio sin perjuicio ó fatiga ó incomodidad, debe juzgarse obligada á ello, sino por caridad cristiana ó por justicia natu-

ral al menos por humanidad?

Profesor. ¡Oh! esto no. El que presta un servicio, tiene derecho á que se le corresponda, y el servicio debido al que presta es precisamente el interés *supra sortem*. Los capitales de una nación consisten en subsistencias, instrumentos, dineros, y estas cosas no se prestan gratuitamente. Mientras fueren capital tendrán un precio, es decir, fructificarán un interés; todo servicio debe producir algo, debe ser retribuido.

Discp. Y esta es la filantropía humanitaria, que predicán los economistas? ¿Con que si V. tiene un pan de sobra, y yo me muero de hambre, ó ya que V. no tenga pan, tiene dinero, cuando yo le pido prestado el pan ó el dinero, sin que en prestarmelo se le siga perjuicio alguno, además del dinero ó pan prestado le deberé pagar un interés!? Si un infeliz corre peligro de ahogarse, y puedo salvarlo sin incomodidad alguna, si yo arranco sin peligro alguno la espada de un asesino, deberé hacerme pagar este servicio á precio de oro?

¿Es esta pues, vuelvo á repetir la filantropía humanitaria de los economistas?

Prof. Pues qué duda hay en eso? Sin una ganancia, quién procuraría hacerse capitalista? En vez de ahorrar los productos de su propio trabajo, todos preferirían el consumirlos inmediatamente.

Discp. O tempora o mores! ¿como han cambiado los tiempos! ¿Sabéis lo que un buen ecónomo enseñaba en otros tiempos á sus hijos y nietos? Enseñábales á guardar siempre alguna cantidad para ocurrir á los casos impensados, ó adquirirse la benevolencia de sus conciudadanos por los servicios que prestaba; enseñábales á ahorrar, á trabajar y socorrer las ne-

cesidades ajenas, y apesar de esto, habia grandes capitalistas, y estos capitalistas lejos de amontonar capitales amasados con el sudor y la sangre de los pobres, como hacen algunos en nuestros dias, eran justamente los que aliviaban la suerte de los desgraciados.

Prof. Vejece, supersticiones de otro tiempo, cuando nuestros rancios abuelos se dejaban engañar de los canonistas!: Pero no era posible que durasen estas doctrinas contrarias á la naturaleza.

Disp. Sin embargo no podeis negar que no solo el *jus canonicum*, sino el derecho civil, los filósofos, los legisladores, Moises, Solon, Licurgo, Marco Tulio condenaron uniformemente la usura.

Prof. No; esto no lo niego, porque escrito está en sus libros.

Disp. Y direis que aquellos profundos pensadores estudiaron la economía en las decretales, ó en el *mutuum date* del Santo Evangelio? ¿No es un anacronismo el pretender que Solon y Licurgo, Ciceron y Aristóteles hayan estudiado las decretales?

Prof. Degemos la historia, no nos enredemos en las reglas de la lógica. En vez de buscar el pelo en el huevo como suele decirse, razonemos filosóficamente. Yo voy á probarte, que todo prestamo de dinero merece ademas del capital una ganancia que lo premie: escucha la demostracion. El capital no es otra cosa que un trabajo acumulado: luego el capitalista merece una ganancia que recompense su trabajo.

Disp. Os confieso que no comprendo bien la primera proposicion; mi pobre entendimiento no puede alcanzar como el capital ha de ser un trabajo acumulado. Si asi fuese, todos los holgazanes que tienen miedo al trabajo, ¿cuánto mayor miedo tendrán á un

trabajo acumulado, á un capital? Una Señorita que tiene miedo al rocío ¿se espondrá á un cúmulo de lluvia, á un aguacero? Y sin embargo los ociosos, qu eodían el trabajo, son los mas inclinados á robar los capitales.

Prof. Mi doctrina es evidente: el capitalista no posee un capital sino porque lo ha producido, y nadie negará á quien ha trabajado el derecho á un premio: luego el capitalista que ha conservado un grande cúmulo de trabajo, por prestarlo tiene derecho á recibir este interés.

Disp. Vos Sr. Profesor, confundís las cosas. El capital es un cúmulo de dineros, y no de trabajos.

Prof. Bien: pero que son estos dineros sino el cúmulo de los trabajos?

Disp. Nada de eso: parte de mis trabajos están en las manos del empresario, mis trabajos fueron una cosa transitoria. Se me pagaron ya los trabajos. En el bolsillo no entró sino la ganancia, el estipendio, el premio, el fruto, ó como querais llamarle.

Prof. Tu no admites, pues, que el capital es un trabajo acumulado, y por consecuencia, que el capital merece una ganancia?

Disp. ¿Pero cómo quereis que lo admita, no siendo el capital otra cosa que las ganancias que han premiado los trabajos? Que esta ganancia se acumule en la bolsa, ó se emplee en otras cosas, el trabajo ya está pagado, por lo que, si al prestar el dinero con que se me pagó el trabajo, yo digese, tu me restituirás este dinero, premio de mis trabajos, y ademas me pagarás mis trabajos; me haria pagar dos veces un mismo trabajo, y cualquier honrado artesano se avergonzaria de hacerse pagar dos veces un mismo trabajo.

Prof. Voy á ver si puedo hacértelo comprender por otro camino. El

que presta tiene tres derechos à la ganancia.

Disp. Con un solo derecho que me probeis, quedaré satisfecho.

Prof. Pues si señor, tiene tres. El primero para conservar el capital; el segundo el precio del préstamo, y el tercero el precio que se debe por el riesgo que corre el capital fiándolo à otra persona.

Disp. Yo no veo ningun derecho; puesto que para asegurar el capital no se necesita de ganancia alguna. ¿No se encarga de ello el mutuuario, prometiendo devolverlo? El precio del préstamo me lo dais como un derecho sin prueba alguna, y esto precisamente es lo que debeis probar: el premio por el riesgo, supone que corre alguno, y si así es, estamos fuera de la cuestion: con que perdonad, Sr. Doctor, yo prefiero la doctrina de mi Párroco, que al fin me asegura la conciencia.

Prof. Pero tu sigues la doctrina de un Párroco, que estudió la economía en las decretales, y no conoce el pobre hombre, que si el dinero no fructifica por sí, como la tierra, se puede con él comprar la tierra que fructifica.

Disp. Perdonad, Señor Profesor, sois vos el que no comprendéis ni al Párroco, ni las decretales. Repite muchas veces el Párroco que si se tenia destinado el dinero para comprar alguna cosa que fructificará, à proporcion del fruto que se pierde, hay derecho à recibir interes.

Prof. Luego no siempre es prohibido el interés por el Párroco?

Disp. Seguramente que no: cuando hay lucro cesante; y me admiro que ignoreis esta doctrina de los católicos. Creedme: seria muy conveniente, que los mismos profesores oyesen de cuando en cuando la explicacion del catecismo. De otra manera, se ponen en ridiculo, ignorando aquellas

doctrinas que combaten, y que son conocidas por cualquier niño de la escuela.

Prof. Esto es decir, que el dinero por sí no fructifica: pues yo quiero hacerte entender que puede fructificar; y creo lo comprenderás solo con que reflexiones, que el dinero es un instrumento de produccion, como el Caballo ò el molino. Si un molinero pide à Ticio en préstamo sus caballos para dar movimiento à su fábrica, todos los moralistas aprueban que Ticio le exija un interés; pero si los caballos no son suficientes para mover la rueda, y el molinero para comprar dos bueyes pide 2000 rs., y Ticio exige por este préstamo algun premio, *injusticia*, gritan acordes los teólogos y canonistas. Y donde está la diferencia pregunto yo? Si doy en arriendo el caballo ú otro instrumento de labor, puedo exigir su precio; mas si se me pide dinero, esto es, lo que para todo vale, todo precio me es prohibido. ¿Por qué? Si instrumentos de ganancia son aquellos objetos, instrumento de ganancia es tambien el dinero.

Disp. Se conoce, Señor Profesor, que no estais práctico en cosas de oficinas, y tiendas de comercio, puesto que no sabeis distinguir entre el instrumento con que se trabaja, y la materia sobre que se trabaja. Seguramente, que si quereis llamar instrumento cualquier medio ó causa ó materia de la obra, no solo el dinero, sino aun la materia prima podrá llamarse instrumento, puesto que sin materia no se trabaja, sin dinero no se comercia. Mas si en la ciencia no quereis introducir figuras retóricas ni confusion, menester es se distinga el instrumento con que se trabaja de la materia sobre que se trabaja. Si el molinero pide un buey para mover su máquina, terminado el trabajo, resti-

tuye el buey, y paga un tanto porque el buey le sirvió de instrumento; pero si suponemos, que el buey fue comprado por el carnicero, y pagado en su justo valor, ¿quién dirá, que además del valor, se le debería dar algún interés?

Prof. ¡Oh! ¡esto no! porque el buey no es instrumento de trabajo en este caso.

Disp. Muy bien: no es instrumento de trabajo, pero si vuestro argumento valiese, también debería pagarse algún interés, pues no deja de ser instrumento de ganancia, por que cuando lo mate y venda, tendrá todo el precio, que ha pagado, y además el precio del trabajo. Luego es instrumento de ganancia, como si hubiese pedido prestado el dinero, valor del buey, lo hubiese comprado después, matado y vendido. Y vos, señor Doctor, si el carnicero compra el buey, afirmáis que no debe pagar sino su justo valor, si pide el dinero para comprar el buey, queréis que este dinero aumente su valor.

Prof. Si Señor; por que aquel dinero le fructifica; y ¿qué justicia es que siendo el dinero mío, sea suyo todo el fruto?

Disp. Y el buey que compró ¿no le fructifica también? ¿Pues por qué no discurrir lo mismo con respecto al buey que con respecto al precio de él? También el buey era vuestro, y mantándolo, suponemos que ha ganado. Mas así como la ganancia nacia de la fatiga é industria de aquel pobre hombre, y no de la fatiga de vuestro buey, si con esta fatiga quisierais ganar algo, sería una injusticia; pues mayor injusticia sería, si en vez del buey le dais el dinero. En este caso, el carnicero tiene que comprar un buey con esposicion de perder, despues matarlo, venderlo, &c. y por recompensa

de todos estos trabajos le exigís un interés por el dinero prestado.

Prof. Pero como quieréis tú comparar el buey que le vendo, con el dinero que le presto? Cuando le vendo el buey, me lo paga á dinero sonante, y cuando le presto el dinero, me dá un poco de papel: y, ¿quieréis comparar este papel con el dinero?

Disp. Si el papel no os asegura el dinero, ó si necesitáis del dinero para alguna otra cosa, ciertamente que el papel no es equivalente. Y en este caso seguro estoy, que, ó no prestareis si el dinero os es necesario, ó lo asegurareis con hipotecas &c., si lo creis en peligro. Mas si ninguno de estos obstáculos se presenta, ¿qué dificultad hay en valuar el papel como el dinero, mucho menos en nuestros días que los economistas no cesais de predicar las ventajas del valor del crédito, y de las letras en papel? ¿No advertís que todo el que busca una letra de cambio condena vuestra doctrina? El carnicero que os pide prestado dinero para comprar un buey, no puede tener tan buena conciencia como un banquero? Pero demos que no tenga conciencia; la hipoteca, ó prenda que le exististeis, ¿no será un equivalente del dinero prestado? sino os lo devolviese, ¿no podiais venderlas? Desengañaos, Profesor; el dinero prestado ningún interés merece; el dinero que prestais, ya no es vuestro: si conservaseis la propiedad de aquel dinero, perdido este, para vos se perdería, y no es así, sino es que si se pierde, la pérdida es para quien os pidió prestado, este siempre queda obligado á devolverlo. Desengañaos, Doctor, los filósofos, los legisladores, los teólogos y la Iglesia que unanimemente condenan la usura, como infame, conocian, y conocen la economía práctica, y protegen mejor la causa de los pobres, que ciertos economis-

tas modernos, seducidos no sé si por la sofistería ó por el interés.

Interrumpamos aquí este diálogo: por él habrán venido en conocimiento nuestros lectores de los errores en que se funda la pretendida ciencia económica para justificar la usura. Esta pretende, que todo servicio debe pagarse, lo que podría admitirse de los servicios costosos. Quererlo entender á aquellos servicios que pueden prestarse sin pérdida y sin incomodidad, es tal inhumanidad, que de ella se avergonzarían los mismos salvajes.

Pretende, que la condenacion de la usura es un rigorismo de los canonistas, cuando los mismos paganos la condenaron.

Pretende, que el capital merece ser pagado, por que es un trabajo acumulado, siendo asi que el capital no es otra cosa que un cúmulo de pagos, un cúmulo de ganancias.

Quiere hacerse pagar un interés por la conservacion de un capital que no se consume, por un riesgo que no hay, y que muchas veces no es sino un aumento de seguridad.

Confunde la materia que se consume trabajando, con el instrumento, mediante el cual se trabaja sin consumirlo.

Confunde un contrato de sociedad en el que se retiene la propiedad, y se corre riesgo de perder, con el contrato del préstamo, en el que se renuncia la propiedad, y nada se arriesga: pretende guardar la propiedad y el lucro del dinero prestado, sin esponerse á los peligros: finalmente quiere, que 100 sean 110.

Lo peor de todas estas confusiones es, que muchas veces á todos estos errores se agrega la mala inteligencia de la doctrina católica, atribuyendo al

catolicismo doctrinas que realmente no profesa (1).

Quitad todos estos errores, y vereis, que la doctrina católica, que dice, «cuando prestas el dinero, que á ti nada te fructificaría, dejando á otro la propiedad, la industria y el trabajo, tu sin injusticia nada puedes ganar, el canonista ó teólogo moralista católico, no hace mas que repetir el sencillísimo axioma: *ex nihilo nihil fit*, por que ¿qué otra potencia productiva puedes encontrar en el préstamo sino la fatiga ó el dinero? la fatiga no es tuya, el dinero lo cediste. Luego tu quieres algo *ex nihilo*, ó por mejor decir *ex re aliena*.

Seccion 3.ª

EL CANAL DE SUEZ.

El gran designio de cortar el Istmo

(1) Conviene recordarla aquí en pocas palabras, ya que los economistas muestran mayor celo en combatir las doctrinas de la Iglesia que en estudiarlas y comprenderlas. La Iglesia jamas ha condenado el parecer de los teólogos, de los canonistas y juristas, todos los cuales uniformemente permiten el interés cuando hay lucro cesante ó daño emergente. Ni siquiera ha condenado la sentencia bastante comun que se puede pedir algun interés cuando se juzga que el capital corre algun riesgo: lo mismo decimos de aquel otro título de la larga duracion del préstamo, que segun muchos incluye esencialmente un peligro de daño emergente. Finalmente, se concede, segun S. Alfonso de Ligorio, reclamar el préstamo en ciertos casos imprevistos. (V. compendio de Ligorio por Neyraguet trat. de contract. art. 5.º num. 1.º) A estos títulos que son propios del contrato privado, se añade el título de la ley pública, con respecto al cual se ha estado disputando dos siglos, pero que hoy se admite interinamente al menos por todos los católicos despues que la sagrada penitencia repetidas veces ha respondido *non esse inquietandos* por los confesores aquellos que se apoyan en este título para percibir algun interés, con tal que estén dispuestos á someterse al juicio de la Iglesia, cuando ella definiere otra cosa. El solo título que la Iglesia incluye, es la pretendida fecundidad natural del dinero ó del préstamo. (*lucrum ex mutuo, vi mutui*).

de Suez y poner por este medio en comunicacion el mar Rojo con el mediterraneo, concebido ha ya mas de treinta siglos, parece està próximo à realizarse. La opinion pública en la mayor parte de la Europa se ha declarado altamente por las cien mil voces de sus diarios y periódicos, no solo favorable á la empresa, sino ansiosa de verla cuanto antes llevada á término. Ni debe causar estrañeza que se despierte tanto ardor por la construccion de un canal, que aunque á primera vista no parezca sino un trabajo hidráulico gigantesco, y una cuestion de comercio, tiene tan estrechas relaciones con la civilizacion universal, que seguramente sobrepujan su importancia material. No será pues desagradable à nuestros lectores, que les hablemos de esto. Considerándolo bajo los principales aspectos que presenta, les haremos una reseña histórica de la empresa; y añadiremos despues algunas reflexiones con respecto á los grandiosos resultados, que en el mundo comercial y civil podrá producir.

Segun la antigua tradicion, Sesostris fué el primero que pensó en esta obra, acanalando el brazo pelusiaco del Nilo, y poniéndolo en comunicacion con el mar Rojo. Pero mas probable es la opinion de Hedoroto que lo atribuye á Necao, hijo de Psamético. Cuando Dario se apoderó del Egipto, hizo que continuase la obra de Necao, pero dejandola imperfecta. Tolomeo 2.^o Filadelfio la completó, conduciendo, segun cuenta Estrabon, el canal hasta Arsinoe en el Eritreo. A los trabajos de los Faraones, de los Reyes de Persia y de los griegos se agregó mas adelante el de los Emperadores romanos, y Adriano abrió un nuevo canal llamado en honor de su padre adoptivo *Hamnis Trajanus*.

Obstruido este por las continuas invasiones de las arenas del desierto, segunda vez fué cabado por los árabes, cuando, bajo el Califfa—Omar, fué conquistado el Egipto por Amru en el año 639 de la era cristiana, quedando abierto à los navíos hasta el reinado de Al-Maurar Califfa Abbassida, que lo terraplenó hácia el año 767. Desde aquel tiempo corrieron diez siglos sin que ninguno pensase eficazmente en volverlo á abrir. En el siglo 16 lo intentó el Sultan Selim 1.^o; pero la muerte se lo estorvó. Su hijo oliman quiso llevar á cabo la obra intentada por el padre, y aun empleó al efecto sumas considerables, pero sin resultado alguno. Varias fueron tambien las esperanzas y trabajos de sus sucesores hasta Mustafá III, desvanecidas siempre, ó por la muerte, ó por obstáculos que seria largo referir.

Ni tubieron mejor éxito las instancias que al Sultan de Egipto hicieron los venecianos cuando se les arrebató el dominio de los mares por los Portugueses descubridores del cabo de Buena Esperanza, ni las que Luis XIV aconsejado por Leibnit hizo en la Côte de Constantinopla.

El problema de reunir los dos mares no podia menos de ocurrir á la gran cabeza de Napoleon: asi es que lo entregó al estudio y resolucion de la escogida reunion de sábios que llevó consigo en su expedicion á Egipto en 1799, lo que no pudo realizarse, ya por la vuelta de Napoleon á Francia, ya por la prematura muerte del General Kleber. El señor Enfantin despues de haber encendido en Europa un nuevo ardor, reunió en Egipto una sociedad de hombres insignes, elegidos de varias naciones, entre los cuales se distinguian el señor de Bruck, que ha sido encargado por el Emperador Francisco José para arreglar la

hacienda de Austria, el señor Negrelli, célebre ingeniero del imperio Austriaco, el señor Roberto Stephenson conocido en toda Europa por sus gigantescas empresas de arquitectura hidráulica. Su primer cuidado fué examinar, si el mar Rojo tenia mayor altura de nivel que la del Mediterráneo, como se habia creído por los últimos ingenieros franceses, resultando de este exam, enque los dos mares tienen igual nivel en baja marea, confirmando lo mismo todas las medidas, y observaciones que posteriormente se han hecho.

En Noviembre de 1854 el ilustre Fernando Lesseps obtuvo del vice Rey de Egipto Mohammed-Said un firman, por el que se le concede facultad esclusiva de constituir una compañía formada de capitalistas de todas las naciones, cuyo objeto era cortar el estrecho de Suez, y el establecimiento de un canal sobre el mar Rojo y el Mediterráneo, con el nombre de *Compañía universal del canal marítimo de Suez*. De todas partes se ofrecieron á Lesseps capitales para empresa tan grande y útil. Mas este no quiso aventurar la egecucion, sin que la teoria de la cuestion se pusiese en clárisima y universal evidencia. Habiendo reunido al efecto una comision científica internacional, encargó á esta, volviese á examinar sobre el mismo lugar todos los estudios, y modelos recientes del canal. La comision partió de Marsella y abordó á Alejandria en Noviembre de 1855: y despues de algunos meses de exámen y trabajos, pronunció finalmente su dictámen, favorable á la apertura del canal, asegurando, que la navegacion del mar Rojo no es mas difícil ni peligrosa que la del Mediterráneo y Adriático; asi que, la cuestion parece resuelta por su lado cien-

tífico. Resta ahora que se decida por el lado político mediante el consentimiento de las naciones europeas, que estando interesadas por las grandes ventajas que la empresa promete, deben tambien concurrir á la egecucion. Sola la Inglaterra se ha mostrado contraria, no por que no tenga que esperar riquísimos provechos para su comercio en las Indias, sino por que siendo la apertura del Istmo mas ventajosa á las naciones cuyas costas van á ella relegada en el Océano, la creciente prosperidad de estas, redundaria en perjuicio suyo; y quizás la disminuiria aquella soberania de los mares de que es tan celosa.

Teme no le suceda con la apertura del Istmo lo que sucedió á Venecia por el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza. Este egoismo mercantil, que como todos saben es el resorte supremo de la politica inglesa, es el último y mayor obstáculo que tiene que vencer la Europa.

Pero se venceria, si á la actividad de los comerciantes se agregase el eficaz favor de los diplomáticos, y sobre todo, si la paz de la Europa fuera sólida, y no la turbasen nuevas tempestades de rebeliones ó guerras. En este caso en pocos años veriamos una revolucion maravillosa y universal, cual no se ha visto desde el siglo de Colon (1) Y ¿quién podria pronosticar la série de efectos que resultarian no solo en el órden material del comercio, sino en el mas elevado de la civilizacion?

Abriendo el Istmo de Suez, el camino de las indias orientales se acorta para los navíos europeos 3.700 leguas, esto es mas de la mitad; puesto

(1) Segun los cálculos de los peritos en seis podrá acabarse.

que la longitud media del viage que ahora hacen las naves de vela, doblando el cabo de Buena Esperanza para llegar à Ceylan, que puede considerarse como el centro de las navegaciones del Oceano Indico, no es menor de 6.900 leguas. Disminuida la longitud, la duracion y los gastos del viage, crecerà á proporcion la frecuencia de las navegaciones, y el número de los que las emprendan; haciéndose accesibles à las fortunas de muchos aquellas empresas, que al presente solo son posibles á pocos y grandes comerciantes; de manera, que si para hacer el comercio de las indias hay ahora 3.000 naves cada año con un cargamento de 2.000,000,000 de toneladas, infaliblemente se doblaria por el canal de Suez. Las riquezas de las Indias, y de la China afluirian con profusion á la Europa, los géneros serian de mejor calidad, y haciéndose casi vulgares, si por una parte perderian aquel valor relativo, que les viene de su rareza, se harian por otro mas comunes aquellas ventajas de conveniencia y sanidad que constituyen su verdadero è intrínseco precio.

A este espléndido banquete estan convidadas todas las naciones de Europa, aunque no todas por iguales partes. La Francia con toda su conquista de Argel, que se estiende hasta las puertas de Egipto, la Grecia, la Turquía, el Austria mediante su puerto de Trieste, la Rusia misma con los que posee en el mar negro, la Inglaterra con sus importantísimas plazas de Gibraltar, Malta y Corfú serian tanto mas participantes de los tesoros del Asia, cuanto están mas próximas á las fuentes. Y nuestra España que por su felicísima posicion de mar, que por la energía de sus habitantes ha sido mas de una vez reina del Mediterráneo, ¿que ventajas no podria sacar si este llegase

à unirse con el Océano Indico? Las Islas Baleares, Barcelona, Valencia, Málaga, Càdiz y todos los puertos del Atlántico recobrarían nueva vida, y recobraría quizas gran parte de aquella soberania que tuvo en otros tiempos. Fuera de que, abriéndose un nuevo y vasto campo de actividad, la fiebre espantosa de agitacion y revueltas que afligen á la Europa, encontraría un desahogo y un remedio á sus malos humores, si se exhalasen por este respiradero asiático; por que los que fomentan turbulencias, y revoluciones, no lo hacen sino es por que con el nuevo órden de cosas esperan mejorar de fortuna; ahora pues, si por otro camino menos violento lo pudieran conseguir, indudablemente lo adoptarían, dejando á los pocos frenéticos las atrocidades, y peligros de las conjuraciones.

Tambien es cierto, que si los pueblos del Continente antiguo conseguirían inmensas ganancias del canal marítimo de Suez, los del nuevo mundo sufrirían á los principios gravísimas pérdidas. El tráfico de las producciones coloniales, que es la principal fuente de la riqueza para una gran parte de la América, se trasladaria casi enteramente al Asia. Los países tropicales del Asia son bajo muchos respectos mucho mas felices que los de la América, tanto, que aunque las Indias orientales están hoy mucho mas distantes de los puertos europeos que las occidentales, el comercio de sus frutos casi está dividido entre ellas. ¿Que seria pues, si se hallasen á igual distancia, como sucedería, abriendo á las primeras el Istmo egipciaco? Pero no faltarian medios á la América de indemnizarse de estos perjuicios. Abriendo el Istmo de Panamá, daría á su comercio en el Pacífico un campo no menos vasto y fecundo, que el

que se abriría á la Europa por el Istmo de Suez, y encontrándose y confundiendo los dos caminos del tráfico marítimo en los mares del Asia y de la Océania, refluirían hácia sus fuentes, y repartirían en los dos mundos la inagotable abundancia de las tierras y de las aguas del grande Océano. Esto por lo que toca al orden industrial y del comercio.

Pero aun serian mayores los resultados con respecto al orden moral y religioso, y á la causa de la civilizacion. Si por el camino de Suez el Oriente derramaria en Europa con mayor profusion sus preciosas producciones, por el mismo camino la Europa enviaria los tesoros aun mas preciosos de su civilizacion. La pequeña faja que divide el desierto árabe del bajo Egipto ha interpuesto hasta el presente una alta barrera entre el mundo europeo y el asiático, por cuya razon el Asia ha permanecido en la decrepita infancia de su civilizacion semibárbara y pagana. Quitad esta barrera, y bien pronto las brillantes luces del cristianismo desharían las bárbaras tinieblas en que están envueltos tantos millones al otro lado del golfo árabe. Las Indias de este y del otro lado del Ganges, la China y el Japon, que abrirían sus siempre cerradas puertas, la Australia, la Papuasía y los infinitos archipiélagos de que está sembrado el mar pacífico, experimentarían los mismos efectos, que hace tres siglos produjo el descubrimiento de las Américas. Bien es verdad, que las tierras invadidas podrían sentir la corrupcion y la molice de nuestras costumbres, y es muy probable que con nuestra civilizacion penetrase tambien el refinamiento de nuestros vicios, y lo que es peor la crueldad, las rapiñas y los actos sanguinarios.

Mas fuera de que nuestros tiempos son mucho mas suaves que los de Pizarro y Cortés, y la comunión política de los gobiernos europeos pone un freno á los abusos del poder, no puede negarse, que el bien prevaleceria al fin sobre el mal; y bien considerado todo, como hoy la América, algun dia el Asia debería felicitarse por su mas íntimo comercio con la Europa. Esto aparecerá mas claro, si se reflexiona que la civilizacion de los pueblos occidentales se funda principalmente en el elemento del cristianismo, y del cristianismo saca aquel esplendor y maravilloso poder que constituye á la Europa reina del universo. Ante la civilizacion católica necesario es que se eclipse cualquiera otra, como la débil luz de una estrella se eclipsa á la presencia del sol. Aunque el Oriente ha sido la cuna de la civilizacion humana, menester es que se regenere por medio del cristianismo. Los pueblos orientales y mas aun los oceánicos, que en la gran familia humana son todavia niños, no pueden adquirir la madurez del hombre perfecto sino recibiendo la iniciacion y la educacion cristiana. Esta educacion comenzó ya hace tres siglos, (por no hablar de tiempos mas antiguos, que ya desaparecieron) por conducto del gran Xabier y otros apóstoles, cuando Vasco de Gama descubrió el camino de Buena Esperanza. Pero la longitud y los gastos de esta vía fue siempre no ligero abtáculo á la propagacion de una obra, que tan buenos principios habia tenido. Abriéndose ahora el Istmo de Suez, y acortándose tanto el viage de las Indias ¿quien no ve las inmensas ventajas que ofrece al apostolado católico para la conversion del Oriente? El celo de los misioneros los lanzaria por esta nueva carrera, y recogeria en los vas-

tísimos campos que se le abren mieses mas abundantes y preciosas que las codiciadas riquezas comerciales. La emigracion europea que no tardaria en afluir por la nueva corriente del Asia, y establecer nuevas colonias mezclándose con los indigenas, haria mas facil y duradera la regeneracion civil y religiosa de aquellas vastas comarcas; y quizás à la vuelta de dos siglos el Asia mayor y la Oceania se verian cristianizadas, como se ven hoy las Américas.

Asi el género humano difundido por todo el globo, se iria acercando á aquella unidad que tuvo en el Oriente, y que segun el oráculo divino, debe tener su cumplimiento en los últimos tiempos. Y así, segun las hermosas palabras del Obispo de Poitiers, se sirve Dios del hombre para el cumplimiento de sus altísimos fines. Como Supremo Autor de la naturaleza y de la gracia, dirige los progresos materiales del ingenio y actividad humana al objeto soberano de su gloria, y à la santificacion de sus escogidos; queriendo que la gracia, como reina, tenga en la naturaleza una esclava pronta siempre à su servicio. De esta divina conducta nos ofrece un luminisimo ejemplo nuestro siglo. «Vosotros quizás (prosigue el docto Prelado) no pensabais sino en dar alas à la humanidad, y las habeis dado al cristianismo; no os proponiais sino promover las ventajas temporales de la tierra, y habeis favorecido los intereses del Evangelio, y del cielo. Aquella red mágica que envuelve todo nuestro planeta en sus mallas de hierro, ha llegado à ser el conductor, y el propagador de la verdad, y de la gracia. El Apostol de Jesucristo que antes necesitaba meses y años para abordar à las tierras de los infieles, se lanza ahora sobre esos caballos de fue-

go que la ciencia le tiene preparados, y hendiendo los aires, como el profeta que llevaba el Angel del Señor por los cabellos, se encuentra en Babilonia, ó como el Diácono Felipe mientras camina por la via de Gaza, es prodigiosamente trasportado al pais de Azot para evangelizar los pueblos y las ciudades. Si: el sacerdote, el Pontífice, podrá moverse en adelante, y multiplicarse con la misma facilidad que la gracia de que es dispensador, sin que la lentitud de sus pasos pueda retardar los efectos de su palabra celestial.» Hasta aquí el ilustre Obispo en la bendicion inaugural del camino de hierro de Niort. Pues estas mismas palabras podrian pronunciarse en la inauguracion del canal de Suez, al que, no menos que à los vapores y à los telégrafos, está reservada una parte grandisima de los desig-nios divinos en aproximar los pueblos, y prepararlos à reunirse en una sola sociedad, y en una sola Iglesia. Y ciertamente, cuando à los mares del Pacífico quedasen abiertas las nuevas puertas de Suez, y despues las de Panamá, cuando sus aguas sean surcadas por infinitos bageles llevados sobre las alas del vapor, cuando los continentes y las grandes islas esten cruzadas por caminos de hierro, cuando el telégrafo corra por todas las aguas y todas las tierras, llevando con la celeridad del rayo sus mensajes en todas direcciones y à todos los puntos, cuando las últimas partes del mundo estén menos distantes de Roma, centro y cabeza del Orbe cristiano, que lo estuvieron en otro tiempo la Alemania y la España, y puedan escuchar como si se hallarian presentes la voz del Supremo Pastor, entonces, ¿qué faltará ya para que la gracia del Evangelio encuentre allanado el camino para hacer de todo el munco un solo aprisco? La religion

pues, no menos que la civilizacion, està interesada en los rápidos progresos del comercio humano, y si llegase á realizar la empresa del Istmo egipciaco, tambien la religion derramará sobre ella sus bendiciones, tambien le saludará como uno de los acontecimientos mas felices de nuestro siglo, puesto que propone á los apóstoles de la verdadera fe un campo, y una inmensa mies de sudores si, pero tambien de gloriosas conquistas.

Seccion 4.^a

LORENZO O EL CONSCRITO.

Era una dulce y serena noche de Julio del año 1812. Ocultabase la luna detras del promontorio de Nola, cuando por entre unos escollos del Golfo de Génova salia un barquichuelo, bogado con arte por una jóven de bellissimo aspecto, que encorbada sobre el remo, alargaba ó comprimía el curso de la pequeña nave segun lo permitian los peligros de aquel arriesgado tránsito. Adornabala un ligero vestido de tafetan verde; y se habia atado á la cabeza un pañuelo de seda azul, bajo el cual ondeaban á impulso de las brisas de la noche dos trenzas que en bucles caian sobre sus espaldas. El blanco collarin, que rodeaba su garganta, de tal manera resaltaba, que quien la hubiera visto desde la playa, hubiera creído era una lista de plata de aquellas espumantes olas, que dulcemente venian á besar aquellas negras piedras; aunque á decir verdad, no podia temerse que en aquel sitio, y á la media noche, hubiese navegante ni pescador alguno que la viese. Sin embargo, la hermosa barquera, á cada instante levantaba tí-

mida sus ojos, como si temiese ser sorprendida en aquel solitario piélago en horas tan intempestivas: habiendo salido de en medio de los escollos, y doblado un pequeño cabo que se internaba bastante en el mar, llegó á un seno mas espacioso, y vogò con mas libertad hácia un altísimo peñasco, que cortado á filo, parecia como una torre de guardia. En la cresta de esta aerea torre los marineros genoveses erigieron antiguamente una estatua de mármol en honor de María, y jamás los navegantes pasan delante de ella sin saludarla como la estrella propicia del mar.

Cuando la jóven batelera llegó á la vista del altísimo peñascal, inclinò profundamente la cabeza á María, que en aquel momento era iluminada por los rayos de la luna que reflejaban de un opuesto norte: arrodillose fervorosamente, juntó sus manos sobre el pecho, y hecha una devota reverencia á la Reina de los Cielos, se volvió hacia ella diciéndo: O madre mía purísima! por el amor con que alimentasteis al niño Jesus, y lo llevasteis entre vuestros brazos, y lo apretasteis en vuestro seno materno, volved esos vuestros ojos misericordiosos hacia esta pobrecita, que no tiene otra esperanza que vuestra proteccion. Bien sabéis las penas y angustias mortales que sufre mi corazon, herido de ardiente amor, y de continuo temor, que dia y noche lo hacen gemir sin que tenga un momento de paz. Os suplico, dulce madre, aqui postrada os conjuro á que salveis á Lorenzo: ah! no permitais que lo encuentren los que con tanta diligencia lo buscan para matarlo; haced que viva seguro en su escondite, que las frias noches no lo pos-tren en su pobre lecho; obligad á las tempestades á que no impidan que una mano secreta, y amorosa pueda sumi-

nistrarle la comida entre las angustias de su oscura soledad! Tendré yo el consuelo de volverlo á ver? podré yo abrigar la esperanza de llamarlo mio algun dia, y de daros juntamente con él las gracias por tan grande beneficio? Mas de qué serviría, que lo salvaseis, sino llegan á unirse nuestros padres? Si despues de tantos años, no los veo darse el beso de paz? ¿Sería posible que mi padre me concediese que yo llamase padre á su enemigo? ¿Y que él llamase hijo al hijo de aquel á quien ahora aborrece? ¿No sois, vos, *la Virgo Potens*? ¿No sois el conducto de todas las gracias que brotan de la fuente de toda bondad? Oh si, madre mia dulcísima! vuestra pobre Isabel hace ya catorce meses que no cesa de llorar, y Vos, Vos sola infundis esperanza en su corazon. Yo vendré aqui todas las noches, y tanto suplicaré, y lloraré tanto, que os compadeceréis de mi y de Lorenzo; de Lorenzo, que ahora os ama tan afectuosamente, que me ha prometido si lo salváis de la conscripcion, llevarme á Saboya á vuestro altar, comulgar conmigo, y ofreceros dos corazones de oro, en los que estén grabados nuestros nombres.

Isabel era una jóven de diez y siete años, de una noble familia genovés, cuyo padre viudo despues de la caída de la república, vivia retirado en su delicioso Palacio, recreándose en cultivar y embellecer un jardin lleno de flores y legumbres, que se extendía hasta el mar. El Marqués Lamba no tenia mas que esta hija, cuya madre habia muerto de sobreparto. Amábala el Marqués como las pupilas de sus ojos. Isabel tuvo una anciana aya, de mucha piedad, y muy instruida no solamente en todas las labores propias de su sexo, sino tambien en la bella literatura italiana. Esta aya habia

hecho gustar á Isabel á una con las virtudes cristianas los escritos de los clásicos italianos; habíale dado tambien las primeras lecciones de música que mas adelante fueron perfeccionadas por los mejores Profesores, que el Marqués hacia venir de Génova dos veces á la semana. Asi es que Isabel tocaba diestramente el piano, y ejecutaba con perfeccion las mas dulces sinfonías de su tiempo. Tambien se entretenia en puntear la guitarra española, que en aquellos dias estaba muy en boga entre las mas selectas reuniones, y el Marques gustaba mucho de oirla en el bosquecillo de los naranjos despues del desayuno. Asi se iban deslizandose los primeros años de Isabel en la inocencia, en el estudio, y en las nobles labores, y era tan humana, de tanta amabilidad para con los de casa y estraños, tanta la gracia del pudor virginal que brillaba en su semblante, y la compostura y magestad de sus actos, que era tenida por la mas hermosa y adornada Señorita. Los amigos que de Génova venian á visitar al Marqués estaban admirados de tan virtuosa y amable hija, y él se consideraba por el mas afortunado padre.

Pero de cuando en cuando era acibarada esta alegria del Marqués al pensar que si se casaba su querida hija, saldria con ella de su casa todo placer, todo consuelo, todo bien, y que su vida seria un continuo tormento. A estos pensamientos funestos, y pavorosos para el corazon de un padre, se agregaba, que Lamba, aunque instruido, en ciertas cosas era escéntrico sobre manera. Habitado á las costumbres de la patria de los antiguos estatutos de la Liguria y del poder y gloria de la república, aborrecia las novedades, y lamentaba las turbaciones que habian ido sucediéndose; y por último la es-

tincion de la república misma. Tantos excesos habian alterado sus humores, lo habian vuelto intolérante, difícil, y áspero hasta el extremo, que por cualquiera cosa se inquietaba. Solamente Isabel poseía el secreto de apaciguarlo; era tan estricto observante de la nobleza, que ni poco ni mucho quería mezclarse con los nuevos aristócratas. Para Lamba los grandes Señores del Pórtico nuevo, eran plebeyos comparativamente á las antiguas familias del Pórtico viejo, y no había que pensar que diese su hija á ninguno de los primeros: antes que verla en casa de un Pórtico nuevo, la hubiera ahogado.

Próximo á la granja de Lamba vivía un caballero llamado D. Juan, hombre complaciente, y cortés; hacia una vida ostentosa, poseía un palacio elegante y suntuoso de mármoles, estatuas y pinturas de los grandes maestros del siglo 16, con una coleccion de hermosísimos frescos de la escuela Lombarda. Aborrecialo Lamba, por que corrian voces de que era partidario de los franceses y amigo de algunos Napoleonistas. Teníalo tambien por escomulgado, por que pasando frecuentemente los generales franceses, que iban y venian de Saboya donde rigurosamente estaba custodiado por Napoleon el Sumo Pontífice Pio VII, D. Juan los convidaba á comer, manifestándose obsequioso con ellos. Por cuya causa Lamba lo llamaba Jacobino, y con frecuencia decia: por mas que busque y se le den títulos de Duque, aunque se le honre con las insignias de Mariscal del Imperio, ni una sola gota de la sangre consular de Liguria circula por sus venas, siempre será, *nuevo entre los nuevos.*

Isabel sentia vivamente este lenguaje, y por el poder que egercia sobre su padre, algunas veces le contradecía, diciendo:—Papá, no digais esas

cosas; la familia de D. Juan es noble como la que mas, no solamente en nuestra Patria, sino en toda la Italia; los Genoveses le tienen todas las consideraciones que se deben á los mas ilustres bienhechores de la república; muchos salieron de aquella casa, y defendieron el estado con su valor, y con sus consejos, y dió Principes, capitanes y senadores celebrados en nuestras historias.

—Pero son del pórtico nuevo, gritaba Lamba con furor, comprendes? del pórtico nuevo!

—Nuevo, añadía la jóven, nuevo despues de mas de trescientos años! Ami me parece viejo, desmoronado y ruinoso, pues ya era noble en 1528.

—Tu eres una ignorante, llena la cabeza de novedades; vosotros los jóvenes bebeis la democracia con el aire que se respira; no sabes tu que la raíz de nuestro tronco se pierde en las nubes, y que nuestra sangre es la de los Consules del tiempo de las guerras con los Pisanos, y aún del tiempo de las Cruzadas? ¡y me vienes ahora con tu 1528 como si me hablastes de los tiempos de Carlo Magno! Que no te oiga yo delirar como los Jacobinos; tú degeneras de nuestra antigua grandeza, y no tienes amor á tu padre. D. Juan no es digno de que lo defiendas, y toda la retórica de Ciceron no podría hacerlo descendiente del Pórtico viejo, ni quitarle un adarme de la escomunion que pesa sobre su cabeza. Isabel gemia interiormente por esta obstinacion de su padre; y sentia en el alma ver tanta enemistad entre dos familias, que ella deseaba estuviesen en armonía. Uno de sus mas vivos deseos era el entrar en correspondencia con Leonor, hija de D. Juan que tenía dos meses mas que ella; piadosa, fina, y delicada jóven, llena de prudencia y discrecion, amada y venerada de los

pobres, y especialmente de los enfermos á los que frecuentemente visitaba acompañada de su madre, matrona virtuosa y de noble corazon. Ni por que su padre viviese esplendidamente, ni porque continuamente se hallase el palacio lleno de forasteros, y se repitiesen los convites y las diversiones, era Leonor menos severa en el trato, compuesta en sus actos, y reservada en las palabras, siguiendo el ejemplo de su madre, que cuidadosamente la habia educado en el temor de Dios, y en aquel cristiano comportamiento que tan bien sienta en el espíritu y en el semblante de las jóvenes recatadas. Estas hermosas dotes de Leonor, tan conformes á la índole suave de Isabel, atraian á esta afectuosísimamente al amor de aquella.

Pero la pobre Isabel sentia otro atractivo secreto y poderoso, que la hacia desear la amistad de Leonor, y sin embargo no se atrevia á confesarlo á si misma. Leonor tenia un hermano único, de dos años mayor que ella: llamábase Lorenzo, jóven de altos pensamientos, de naturaleza tierna é inclinada á la virtud, de magestuosos y corteses modales, ojos agradables y serenos, y frente espaciosa.

D. Juan acostumbraba trasladarse á la granja al terminar el mes de Abril, pasando en ella hasta Octubre. Su palacio estaba algo mas internado en el valle que el de Lamba, situado sobre un collado al pie del cual corria un riachuelo, lugar fresco, y por la parte del monte lleno de encinas, ayas y pinos; por la parte del mar descendia por hermosos escalones de musgo, y prados florecidos á un espacioso jardín atravesado de largas calles de mirto y laurel, mezcladas con robustas plantas de naranja, cedros, y limoneros, que siempre estaban cargados de doradas frutas, que difundian

suaves aromas por todos los alrededores. Isabel veia todas las mañanas de Mayo bajar por el camino del valle á la bella Leonor acompañada siempre de Lorenzo, que la conducia á la Iglesia parroquial, en la que el cura hacia todos los dias la devocion del mes de María; por lo que Isabel quedó encantada así de la piedad de la hermana, como de la amabilidad del hermano, el cual aunque perdiese mucha parte de la noche en las funciones que el padre solia dar, no por eso dejaba de levantarse á tiempo para acompañar á su hermana.

Desde el terrado de su jardín veia Isabel á Lorenzo, que muchas tardes iba con Leonor á divertirse al mar para que esta gozase de la deliciosa perspectiva que presentaba la puesta del Sol por las aguas de Provenza, abismándose en un mar de oro; llevaba frecuentemente á los sitios donde los pescadores sacaban sus redes, porque Leonor gustaba mucho ver saltar los peces entre los hilos; pero mas frecuentemente enderezaba su batel por entre los escollos que habia debajo del jardín de Isabel, y por divertir á su hermana, metiase por entre aquellos peñascos, para coger ostras y otros conchíferos que se pegan á las piedras, y cuando cogia algunas, tirabalas al navichuelo con sumo placer de Leonor.

Estas pruebas manifestas del buen corazon de Lorenzo le ganaron una viva estimacion de Isabel, y con la estimacion, no se que deseo de tener un hermano semejante, que la distinguiera con aquella candorosa afeccion, y que estudiase sus deseos para satisfacerlos con aquella sincera y fraternal prontitud.

Isabel rara vez salia al mar, no conocia el manejo del remo, y tenia miedo, por poco que el viento arrecia-

se. Sin embargo, buscó uno de los navegantes del palacio, al viejo Andrés, y habiéndole mandado que dispusiese un barquillo, sale por la portezuela del jardín, y saltando al batel, hizo mil preguntas al encanecido marinero sobre el arte de guiarlo, poniéndose enteramente bajo su dirección. El buen viejo se sonrió al oír el mandato de su Señorita; y como el antiguo Triton aleccionaba á Galatea, así Andrés enseñó á Isabel á guiar artísticamente un barco, y evitar todos los peligros; y sacó una discípula tan aventajada, que por encrespados que se hallasen los mares, no dejaba de pasear por ellos tanto, que su padre chanceándose la llamaba su bella Anfítrite, que vivía mas en el agua que en tierra. Casi todas las tardes espía-ba desde su terrado, por ver si se avis-taba hacia el promontorio el bajel de Lorenzo; y cuando llegaba á descubrirlo, experimentaba fuertes latidos en el corazón, que sentía todavía mas fuertes cuando veía á Lorenzo tirar las conchas á Leonor, y colocarlas en órden y vistosa simetría.

Mas al instante que los dos hermanos se retiraban, bajaba ella á su barquilla, surcaba las mismas hondas que habían sido batidas por la proa de Lorenzo, internábase por los mismos escollos, doblaba los mismos cabos, y abordaba á la misma playa.

Tenia también Isabel la costumbre de ir todas las mañanas de Mayo á la parroquia al mes de María, y allí admiraba la piedad de Leonor, que asistía á misa con tanto recogimiento, y cantaba con el pueblo las letanías con tanto fervor, que era la admiración de todos. Sentía no obstante Isabel un vivo dolor al ver que Lorenzo jamás entraba á la Iglesia, sino es que dando el libro y agua bendita á su hermana se salía al instante al pra-

do, entreteniéndose en fumar, y leer libros, que supo después no eran dignos de un jóven cristiano.

No comprendía Isabel, como podía conciliarse un corazón recto, amable y sincero con un entendimiento ofuscado, y lleno de errores religiosos y morales; lo que desgraciadamente sucede con frecuencia en nuestros días. Volnei, cuando era jóven, tenía un perfil de semblante tan bello, tan agradables facciones, tan finas y honestas maneras, que en cualquiera reunión se le consideraba por el mas dulce y virtuoso hombre del mundo; sin embargo aquella alma estaba llena de malicia, aborrecía á Jesucristo con furor satánico, y no pensaba sino en abatir y aniquilar, si le fuera posible la grande obra de la redención; todos los días vemos muchos de estos Volnei, sino tan doctos, si tan malignos contra Jesucristo, su Iglesia, su sacerdocio, su celestial moral; siempre dulces y complacientes en lo exterior, pero llenos de dolo y astucia; siempre con deseos de trastornar todo órden civil y religioso; siempre en acción en los subterráneos de las sociedades secretas; siempre maquinando sediciones y revueltas. Lorenzo no pertenecía á estos hipócritas. Mas si por fortuna suya aquel ángel llamado Isabel no se hubiera enamorado tan ardientemente de él, quizás se hubiera perdido, por que ya empezaba á caminar por aquel sendero, que conduce á la incredulidad, y todos sus malos efectos. Los entendimientos que han perdido la idea de Dios y la guía de la fé, bien pronto introducen el desarreglo y corrupcion en el corazón.

Habíale tocado en suerte á Lorenzo una buena índole é inclinada á la virtud, pero la omnimoda libertad en que lo dejaba su padre, lo puso al borde del abismo. D. Juan era uno de aquellos

hombres que no consideran que el ser padre es un sacerdocio lleno de vigilancia.

Lorenzo por esta ciega negligencia de su padre, á los diez y ocho años habia leído ya el mayor número de los enciclopedistas, inclinándose y recreándose especialmente en las impías argucias de Voltayre, en las declamaciones de Raynal, y en las astutas ilaciones de Vólnei; con esta lectura su entendimiento fluctuaba agitado por mil dudas y oscuridades. El palacio paterno lleno siempre de imperialistas, le ofrecia nuevas dificultades, ya por las conversaciones, que se originaban, ya por la mas fácil ocasion de proporcionarse malos libros; no se ocultaba esto á la piadosa Leonor, y aunque no reprendiese con acrimonia á Lorenzo, rogaba á Dios, y á la Santísima Virgen para que tuviese piedad de su amado hermano, y lo condujese al buen camino; para conseguirlo, y atraer las gracias y el amor de la madre de Dios y los hombres, egercitábase en toda clase de obras de caridad y celo para con las niñas del pueblo, dándoles lecciones catequísticas, preparándolas á la confesion, y á las mas grandecitas á la primera comunión, é infundiéndoles la modestia, el pudor, la devocion á María y al Angel custodio, el odio al pecado, la obediencia á los padres, la reverencia á la Iglesia y el exacto cumplimiento de sus mandamientos: á estas premiaba con buenos vestidos, á aquellas con pañuelos de varios colores, con zapatillas de hermosas cintas, ó con frutas y otros manjares: industrias, que producian los mas saludables efectos, por lo que la elogiaba, bendecia, y proponia como modelo el cura del pueblo.

Leonor, por aquel esquisito tacto que es propio de las mugeres, y que las hace amables aun á los corazones

mas duros, sabia en estos egercicios de piedad ganarse de tal modo el corazón y la voluntad de Lorenzo, que por su amor y respeto, Lorenzo secundaba los deseos de su hermana.—Lorenzo mio, le decia algunas veces, con su fraternal gracia y candidez, ¿querrás venir conmigo á visitar á la pobre Misina que está enferma, y tiene un enjambre de hijos mal vestidos, y peor calzados? ¿Te encargas de llevarle alguna moneda, no es verdad? ¡Oh! si: ¿quien es mas bueno que tu?—Lorenzo gozaba mucho con esto, y hubiera ido con ella al cabo del mundo, y se hubiera despojado de todo por dejarla contenta. Otra vez diciéndole: —¿que bueno eres, Lorenzo!—metiáale con una mirada maliciosa la mano en el bolsillo de la levita, y sacando algunos rs. añadía, —¡O bien! justamente: esto es lo que yo necesitaba para comprar algunos catecismos para las niñas de mi congregacion.—Y Lorenzo fingia hacer esfuerzos para quitársela de las manos y la decia: así ladronecilla ¡eh! ya pondré yo un candado á la faltriquera: y Leonor apretaba la mano, y hacia como que huia con su hurto.

Un dia que Lorenzo la llevó como tenia de costumbre, al paseo del mar, mientras su hermano se entretenia en pescar, Leonor le preparaba una deliciosa merienda. Hallábanse precisamente en aquel sitio que caía bajo el jardín de Isabel; viéndolos tan cerca, bajó del terrado, y deslizándose suavemente por la yerba por no ser oida, se situó en una de las ventanas que daban al mar, desde la cual podia mirar sin ser vista, por las celosias. Cuando Lorenzo se enjugó los pies, y hubo calzado, Leonor le presentó sobre algunas hojas de avellano el pan con los peces dispuestos, y mientras el jóven comia, la hermana le decia.—

¿Sabes Lorenzo, que ha salido una buena muchacha tu Luisita? Y la llamo tuya, por que la has vestido de pies á cabeza; porque dormia sobre la paja, y tu la preparaste una buena cama; ahora la pobrecilla no cesa de bendecirte, y todos los dias ruega por tí á María Santísima. El cura la ha admitido ya á la primera comunión: tu debes saber que es hija de aquel calafateador de Marsella que arregla las naves que se construyen en el puerto. Este es uno de aquellos impíos, que en el año 92 cantaban la marsellesa y degollaban á los aristócratas y sacerdotes; un hombre bestial, que cuando vé al cura ó al capellan, rechina los dientes como una hiena, y los devora con los ojos; y ya que no puede hacer otra cosa, les echa mil maldiciones, y rabiosas imprecaciones. Su muger tampoco es buena: siempre áspera, uraña, y pronta á irritarse contra cualquiera que la contradiga, tanto, que los muchachos la llaman la loba.

—Y Luisita, añadió Lorenzo, sería una lobita, si tu no te hubieras encargado de domesticarla.

—La Gracia de Dios, Lorenzo y el poder de la religion, por que la pobrecita estaba hecha una bestia, pero desde que aprendió las oraciones, y el catecismo, es sábia, dulce y modesta. La semana pasada, instruyendo el cura á las niñas, les hablaba del santo precepto de la Iglesia, de no comer carne en dia de vigilia, y decia, que la infraccion de esta ley sin necesidad, y peor aun por desprecio, es pecado mortal, y digno de condenacion eterna; Luisa viendo un dia de vigilia la carne, segun costumbre para almorzar, no comia mas que pan. ¿Porqué no comes, le dijo el padre? estás enferma? No, padre, respondió Luisa, pero el cura nos advirtió, que nuestra Santa Madre Iglesia prohíbe

comer carne en las vigalias bajo pecado mortal.—Qué madre Iglesia, tontuela, gritó: *el padre soy yo: come esto.*—Perdonad, padre, con el pan tengo bastante.—Al oir esto aquella bestia de hombre, la sacudió dos fuertes bofetadas, que la aturdieron; pero la madre que la ama, la dió un poco de pesca, y Luisa la comió, muy contenta de no haber ofendido á Dios.

En la siguiente vigilia sucedió lo mismo: Luisa no comia mas que pan. El padre blasfemó, gritó, voceó, la abofeteó, y pisoteó; la pobre criatura gritaba.—Padre, matadme; pero no me obligueis á ofender á Dios.—Entonces el padre, furioso como un dragon, tomó una sogá, cogió á Luisa por el brazo, la encerró en su aposento, y atándola fuertemente al pie de la cama, tomó un pedazo de carne, púsola en un plato sobre un banco, y aproximándola á la hija, la dice:—Imbecil, supersticiosa! ó la has de comer, ó morirás de hambre: y se salió del aposento. La infeliz lloró un rato, mas algun tanto calmada, se puso á rezar el rosario, suplicando á la Virgen, que le diese fuerza y constancia, é iluminase á su padre. Luisa no habia tomado la noche anterior mas que un poco de pan, y pasadas algunas horas, sentia hambre y suspiraba. Eran ya las diez de la noche, y aquel hombre cruel aun no habia vuelto á casa; embriagándose en la taberna mientras su hija sufria tanto. La madre temiendo que la hija se debilitase, entró á donde estaba atada, con un plato de judías, que era el plato favorito de la muchacha, diciéndola.—Eres tan terca que te dejarás morir, por no hacer lo que tu padre te manda; pero yo tengo compasion de tu ignorancia; toma, come, que nada sabrá.—Oh! esto no, madre, respondió la inocente, el padre me ha

prohibido comer, y no debo desobedecerlo: Dios me ayudará.—Y Luisa no quiso gustar bocado sin la licencia del padre. Entonces la madre, afligida por su hija, no sabiendo que hacerse, aguardó al marido, y cuando ya muy tarde volvió, reprendiolo amargamente, llamándolo asesino de su hija, y le contó, como Luisa, por no desobedecerlo, no habia querido probar lo que ocultamente le habia llevado por compasion maternal.—Y aquel hombrazo, Lorenzo mio, no pudo resistirse á una virtud tan heroica de la hija, y golpeándose la frente con las dos manos, gritó.—Que es lo que he hecho, Dios mio! Verdadera y santa es la religion de Jesucristo; corrió hacia su hija, y besando su pura frente, desatóla inmediatamente diciendo: levántate, hija mia, yo soy un monstruo. Ven hermosa mia, come en adelante lo que quieras. Tu sabes, que soy pobre, y que vivimos trabajosamente con el sudor de mi frente, pero dime que es lo quieres de mi para tu primera comunión?

—Padre, respondió la jóven, deseo, que os presenteis con mi madre al Cura, y hagais lo que él os diga.—

El padre lloró, gritando con vehemencia: Si hija mia, te lo prometo; mañana al amanecer iré con tu madre: te lo juro por tu Cristo.—Y por el vuestro, padre, añadió Luisa, besándole la mano.

—¿Lo creerias, Lorenzo? aquel hombre cumplió exactamente su palabra, ha hecho su confesion general con el Cura, y él y su muger hacen el Domingo la primera comunión juntamente con su hija.

Al oir Lorenzo este último paso tan tierno, derramó algunas lágrimas, sumamente conmovido. (1)

¡Ah! *todavía es bueno!* dijo entre si

Isabel, que por las celosias veía y oía aquella piadosísima escena; mas su corazon latia tan fuertemente, y un sudor tan copioso caía de su semblante, que temió desmayarse; retiróse silenciosamente, y arrodillándose sobre la yerba rogó á Maria para que hiciese feliz á Lorenzo. ¡Ah! Isabel no sabia que ella era el instrumento del que se valia la Divina Providencia, para esto, por medio de mil casos extraños.

Desde este dia se aumentó el amor de Isabel á Lorenzo, redoblando por él sus oraciones á la madre de la clemencia. Con frecuencia sucedia que mientras Lorenzo se entregaba con ardor á la lectura de los filósofos del siglo 18, Isabel pedia ardientemente al Angel de su guarda, no permitiese se ofuscase un entendimiento tan claro con los negros vapores del error, ni destilasen estos su ponzoñoso rocío sobre un corazon tan bien inclinado.

Leonor por su parte, se atormentaba interiormente cuando veía á su hermano engolfado en tan peligrosa lectura, que aunque todavía no lo habia hecho incrédulo, sí indiferente y escéptico en religion; en el secreto de su gabinete derramaba lágrimas amargas, y dirigia fervorosas súplicas. Así estos dos ángeles tutelares de Lorenzo velaban en su custodia; y cuando asistian á la misa parroquial, las dos inocentes amigas unian sus plegarias, è identificadas en un mismo pensamiento, Lorenzo era siempre el objeto de sus cuidados; el amor fraternal de Leonor, el amor indefinible pero puro de Isabel, las obligaba á no pensar sino en Lorenzo, á no hablar sino de Lorenzo, y á usar de inocentes ardidés para apartar á Lorenzo del sendero de perdición por el que caminaba.

(Se continuará)

EL AJUSTICIADO.

Cercado de antiquísima muralla
Levántase un castillo tenebroso,
Erizado de espesa y fuerte valla,
Ceñido de profundo y ancho foso.

Centinelas vigilan las entradas,
Centinelas vigilan la avenida,
Triples puertas robustas y ferradas,
Triple reja calada y constreñida.

Al través de mugrientos corredores
Dó fulgaran desnudos los aceros,
Dó el crujido de grillos sonadores
Alternan con suspiros lastimeros,

De una lámpara el rayo moribundo
Que el calabozo alumbra á duras penas
Postrado se divisa y gemebundo
Agobiado de grillos y cadenas.

¡Infelice! se acerca fatal hora,
Un profundo suspiro tal vez lanza,
Tal vez gime, tal vez piedad implora::
¡Todo, horror, sin rayo de esperanza!
Solo un santo ministro está á su lado,
Un ministro que en lágrimas deshecho
Abraza al infeliz acongojado
Y le estrecha amoroso contra el pecho.

«¡Padre mio!:: ¡se borran mis maldades!
¡Hijo mio!:: la sangre del cordero
Se derramó por ti: de sus bondades
¿Prenda eterna no ves en el madero?

Cuando espira ya esánime y sangriento
Aun promete corona de la gloria
Al culpable que en bárbaro tormento
Señor, dijo, de mi tened memoria.—
¡Y la muerte que dí yo al inocente,

Que la vida clamaba con temblor!—

Ora él ruega por tí á Dios clemente,

Tu perdon le demanda con amor.

Ya el murmullo resüena, crece el ruido—

«¡Padre es la hora! ya se oye el atabal;

Ya el cerrojo da horrísono crujido!:

¡Santo Dios, qué congoja tan mortal!»

Levántate, le dicen, y al moverse

Van grillos y cadenas resonando,

En pie ya está:: no puede sostenerse,

Danle el brazo, va trémulo marchando.

Cubierto con capúz amoratado

Al lado del ministro dolorido

Dentro un cerco de lanzas erizado

Se presenta al gentío estremecido.

Alza turbios los ojos un momento

Y abatido á la tierra los inclina::

¡Piedad! clama con lúgubre lamento,

¡Jesus mio! y lentísimo camina.

Y atabal destemplado

Retiembla mas allá,

Que al soldado

Su paso mesurado

Lento marcando vá.

Y agolpada la turba con premura,

Las angustias contempla de aquel hombre,

Gran congoja le causa, y amargura

Sin cesar repitiendo aciago nombre.

Y atabal destemplado

Retiembla mas allá,

Que al soldado

Su paso mesurado

Lento marcando va.

¡El cadalso! ¡ay! descubre levantado,

Sudor frio le baña como hielo,

Se para:: retrocede horrorizado

Anublando sus ojos denso velo.

Y atabal destemplado

Retiembla mas allá,
Que al soldado
Su paso mesurado
Lento marcando va.

En vano giran sus ojos;
En valla espesa de aceros,
Está en medio ya: brutos fieros
Se agitan en derredor
Cabalgados por atletas
De postura y faz sañuda
Blandiendo con mano dura
El hierro amenazador.

Se adelanta, que en la tierra
Ya no le queda esperanza,
Tiembla, desmaya, se avanza
Muy lento, llegó por fin....
El perdon... aun... cual bajara
Luz que al abismo no alumbra
Y que al ahogarse columbra
El marino en el confin.

¿Quién es aquel ser terrible
Que estiende sobre él la mano?
Y que ceñudo inhumano
Le contempla sin horror?
Su boca medio entreabierta
Sus ojos de sangre y llama
Su tez de negruzca escama
Su voz de espanto y temblor,
Le mira el reo azorado...
Se encuentran las dos miradas,
Por un instante fijadas,
Se vuelven á separar.

El reo la faz esconde
Del sacerdote en el manto,
Quien le baña con su llanto,
Y le torna á consolar.

Abrazados tiernamente

Hablan de dulce esperanza;
 Mas el verdugo se avanza
 Y los viene á distraer,
 Como atroz remordimiento,
 Como fantasma de muerte,
 recordándole su suerte
 Con horrible padecer.

Ya se separan por fin,
 Ya el sacerdote le suelta,
 Anda la turba revuelta
 Entre confuso rumor.

Otra vez el Crucifijo
 Besa trémulo y finado,
 Y con rostro amoratado
 Se adelanta con temblor.

Pasan algunos instantes,
 El gentío está apiñado
 Con el rostro levantado
 Y en silencio sepulcral.
 ¡Mil alaridos siniestros,
 Ayes de mortal espanto
 Se difunden con el llanto
 ¡Ya se dió el golpe fatal!

Ronco el atabal retiembla
 Y el gentío condolido
 Se retira estremecido
 De escena de tanto horror.
 Solo por un largo espacio
 En su lugar permanece
 El sacerdote que ofrece
 Sus plegarias al Señor.

El mundo otra vez se entrega
 A su vano desvarío;
 Y el cadáver yerto y frío
 Queda alla; postura cruel;
 Todos evitan su vista
 Cual sombra viene á la mente,

Mas se esfuerzan prontamente

Por no pensar mas en él.

¡Infelice! de ignominia

Y cruda afrenta cubierto

Horrible, morado yerto

Tendido yaces aquí:

Y el transeunte se aparta

Haciendo largo rodeo,

Por no ver de cerca al reo,

Cuyo bullo mira allí.

¡ Tu madre !::: quien le digera

Al darte su dulce pecho

Cuando con abrazo estrecho

Besos te diera sin fin,

Que en patíbulo afrentoso

Espiraria aquel niño

Que ella en raptos de cariño

Llamaba su serafin !

¡ Que aquella cabeza hermosa

Cubierta con bilos de oro

Que ella llamó su tesoro

Y su perla, y su rubí,

Por el suelo desgredada

Yacería, y polvorienta

Atestiguando la afrenta,

Que el crimen marcára en tí :!

En tan acerbo conflicto

Y en esta pena tan dura

En tan terrible amargura

Al ver trance tan fatal,

Entre pesares sombríos

Al hombre que lo contempla,

Solo un pensamiento templa

La amargura de su mal.

Ese infeliz ya no existe,

Nada siente de su pena,

Satisfecha la condena,

El alma al Cielo voló,
Y aún en medio de su angustia,
Y de su agonía larga,
Su pena menos amarga,
La esperanza le volvió.

¡Hombres que en el polvo hundidos
Alzais la réproba frente
Y de un Dios omnipotente
Hasta disputais el ser!
¿Teneis acaso en vosotros
Una gota de consuelo
que en trance de tanto duelo
Amortigüe el padecer?
¿Cuando el reo os dirigiera
Aquella vista azorada
Le presentaréis la nada
Como un recuerdo cruel?

En sus angustias de muerte
Al borde de inmenso abismo
Le hablaréis del fatalismo
Con sus sabores de hiel?
¿Y que marche con audacia
Le direis cual varon fuerte
Arrostrando afrenta y muerte
Con horrible estupidez?
¿O que afée su negrura
Dirigiéndose al suplicio
Con negra marca de vicio
Y crimen sobre su tez?
¿No será menos amargo
El pensar que su tormento
Con hondo arrepentimiento
Finitá con el morir,
Que no luchar de continuo
Con vuestra duda que pasma
Sentada como fantasma
Al umbral del porvenir?

REVISTA CONTEMPORANEA.

Facil nos seria ocupar muchas columnas de nuestro periódico con la relacion de noticias mas ó menos interesantes; pero siendo quincenal nuestra revista, les faltaria la deseada oportunidad, asi que, nos ceñiremos á aquellas que puedan afectar á la sociedad en general, ó que mas vivamente deban llamar la atencion pública

A principios de Noviembre estubo para romperse la alianza Anglo-Francesa por causas ciertamente mas recónditas y graves que lo que suponen las vituperables diatribas de los diarios ingleses. Entre estas causas de discordia figura en primer lugar la ejecucion del tratado de paz con la Rusia. La Francia ha cumplido todas sus condiciones con lealtad. La Rusia, ateniéndose estrictamente á la letra del tratado, que ni una sola palabra dice sobre la isla de las Serpientes, y determina que los confines rusos deben pasar al Sud de Bolgrad, permanecia firme en la resolucion de conservar la posesion de aquellos lugares. La Inglaterra, tomaba ocasion de esto para suponer quebrantadas las condiciones pactadas, y mantiene Escuadras formidables en el Bósforo, que hace ya dos meses debia estar cerrado á todos los navios de guerra. El Austria se aprovechaba de todo para continuar con sus batallones en los Principados Danubianos. ¿Quién habia de decidir el litigio? Claro es que este consiste en la interpretacion que haya de darse á los artículos de un tratado, que estipularon el Austria, la Francia, la Inglaterra, la Rusia, la Prusia, la Cerdeña y la Turquía. ¿Por qué, pues se habia de permitir á esta ó la otra Potencia sola la resolucion

de la cuestion? Por esto la Rusia, protestando estar pronta á cumplir los acuerdos, rehusa someterse á las exigencias de esta ó aquella Potencia, y pide que se examinen y determinen en un nuevo Congreso de Paris. La Francia no podia menos de reconocer justa esta peticion, y la ha aceptado; la Inglaterra, no veia la necesidad de nuevas conferencias ni queria discutir como igual, sino mandar como soberana. Pero la firmeza de Napoleon III le han decidido á consentir en una nueva convocacion; ya saben nuestros lectores que ya se han abierto las Conferencias. La Rusia, habiendo conseguido su intento de no ceder á las imperiosas pretensiones de la Inglaterra, y salvado así su honor è independencia, aceptará la interpretacion del tratado de paz, y abandonará á Bolgrad y la isla de las Serpientes. Asi por este lado al menos concluirá la funesta cuestion de Oriente; todas las noticias son favorables á un arreglo amistoso. Ha surgido tambien otra causa de discordia entre la Francia y la Inglaterra por las disensiones de esta con la Persia, y por las cosas de los Principados Danubianos. Esto acaso será mas difícil de arreglarse; mas no se cree, que deba producir un abierto conflicto, y las negociaciones diplomáticas decidirán el litigio, sin recurrir á la fuerza de las armas.

Editor responsable:

D. Juan Crisóstomo Arroyaga.

LOGROÑO:

Imprenta de D. Domingo Ruiz.
Calle de la Plaza frente á Portales
núm. 34.